Fácil es de concebir que una religion que respeta la indigencia y santifica las lágrimas, ordena el desprecio de las riquezas y aconseja su abandono, hará refluir incesantemente abundantes socorros hácia las clases menesterosas. Pero no se comprende bastante la delicadeza que inspira para con las almas quebrantadas con dolores de toda especie, los medios que sugiere para aucsiliarlas sin obligarlas á sonrojarse de haber alargado la mano, y para librarlas del paso á veces tan enorme del agradecimiento. No se conoce bastante su tierna inquietud por aquellas débiles criaturas, fruto del crímen las mas veces, y que serian otras tantas víctimas condenadas á la muerte desde su nacimiento, si la religion no tuviera fijos los ojos sobre su cuna. Severa por esceso de amor, amenaza hasta con anatema á las que les sirven de madres, si por olvido voluntario de las precauciones fundadas en la esperiencia espusieren á perecer aquellas tiernas plantas antes de tiempo. Así es un deber para nosotros aplaudir la alta solicitud, los esfuerzos constantes y generosos que han cubierto el suelo de Francia de establecimientos piadosos, donde es recojida la infancia abandonada, é instruida desde luego en las virtudes religiosas y sociales. Aplaudimos de buena gana la rehabilitacion de los tornos para los espósitos, que se habian suprimido; la prosperidad de las escuelas de párvulos, de los hospicios para ancianos y enfermos, y de las cajas de ahorro, de prevision y de socorros mútuos. Si se nos permite que al concluir esta obra espresemos nuestros deseos en beneficio de la economía social de Francia; reclamarémos con instancia una educacion religiosa para la juventud, la propagacion de las casas llamadas talleres de caridad, como ecsiste en Marsella y en Burdeos, una parte mas amplia de estímulo á la agricultura y la mejora de nuestras colonias, que bajo tantos aspectos se ha hecho indispensable, y con cuya suerte futura está unida tan íntimamente nuestra prosperidad nacional.

Si á pesar de nuestros esfuerzos para conseguirlo, nuestra esplicacion ha sido infructuosa, consolémonos á lo menos con el pensamiento que nos ha inspirado este escrito. ¡Ojalá que él contribuya á atraer los ánimos á las santas creencias y á la fé antigua, de que desviaron á los mas las fascinaciones de una ciencia falsa ó incompleta! ¡Ojalá que la armonía de la razon con la fé traiga pronto á una unidad sublime la filosofía, los cultos disidentes y la economía política! Recibiendo entonces estas diversas ramas del arbol social una savia purificada, entrarán como otros tantos elementos de órden, de virtud y de prosperidad en las direcciones dadas á la organizacion de la gran familia cristiana. La fé, reina del entendimiento y del corazon, estenderá sus nobles conquistas á larga distancia; y los franceses se amarán todos como hermanos. Quedará demostrado hasta la evidencia que del catolicismo, fuente de las verdades religiosas y morales, derivan los principios generadores de los verdaderos bienes; los únicos que aseguran un bienestar cierto á los individuos y una prosperidad durable á los imperios.

tantáneamente á socorrer á los refugiados españoles. Pero como rasgo digno de transmitirse á la posteridad debe citarse la conducta admirable del Illmo. señor de Prilly, obispo de Chalons, que hace un año entero que está satisfaciendo con caridad paternal las necesidades de doce de aquellos infortunados á quienes dá habitacion en el palacio episcopal, y hace sentar todos los dias á su mesa.

FIN.

BIBLIOTECA UNIVERSAL ECONÓMICA.

ESTUDIOS FILOSÓFICOS

SOBRE EL

CRISTIANISMO,

Por Augusto Nicolas,

JUEZ DE PAZ,

CON APROBACION MOTIVADA DEL ILLMO. SEÑOR DONNET, ARZOBISPO DE BURDEOS,

TRADUCIDOS AL CASTELLANO POR

Don Francisco Puig y Esteve,

PRESBITERO.

Qui studuerunt intelligere, cogentur et credere.
(TERTULL. *Apologet.*)

MEXICO.

BOIX Y COMPAÑIA, EDITORES.

1851.

IMPRENTA DE DAVID, *calle de Cadena núm.* 19.

APROBACION MOTIVADA

DEL

ILLMO. SEÑOR DONNET, ARZOBISPO DE BURDEOS.

Nos Fernando Francisco Augusto Donnet, por la gracia de Dios y la autoridad de la Santa Sede Apostólica, arzobispo de Burdeos, primado de Aquitania &c.

Hemos hecho ecsaminar y hemos ecsaminado por Nos mismo la obra titulada *Estudios filosóficos sobre el cristianismo*, que M. Augusto Nicolás, juez de paz y antiguo abogado en el tribunal real, ha publicado en Burdeos y se propone publicar de nuevo en Paris.

Nunca recomendarémos bastante este escelente libro, que estamos persuadidos asegura á su autor un lugar distinguido entre los apologistas mas sólidos y mas elocuentes del cristianismo. Al emprender M. Nicolás los trabajos que debian producir una obra tan notable, no pretendia escribir para el público: queria tan solo resolver algunas dudas que le habia propuesto uno de sus amigos; pero apenas se hubo ensayado en sondear las bases de la revelacion, se le apareció en toda su magnificencia el campo abierto delante de la razon humana por la maravillosa economía de la fé. Entró en él, y lo recorrió conducido por el irresistible atractivo que este objeto, el mas digno de ejercitar la inteligencia del hombre, debia tener para un talento tan eminentemente filosófico, para una alma tan buena y tan religiosa como la suya. Por esto, despues de cuatro años de laboriosas meditaciones y de concienzudo ecsámen, ha llevado á feliz término una demostracion de la verdad católica, que será seguramante uno de los mas bellos monumentos levantados en nuestros dias á la gloria de la religion.

En la primera parte de dicha obra, despues de haber espuesto, bajo el modesto título de pruebas preliminares, todo lo que una sana filosofía, ayudada de las luces de la revelacion primitiva, nos hace conocer de las grandes verdades de la religion natural, emprende M. Nicolás el estudio de la revelacion hecha al pueblo judío por el ministerio de Moisés. Demuestra que las relaciones del historiador sagrado, y en particular los dos grandes hechos sobre que descansa la base principal del cristianismo, *la caida del hombre y la promesa de un reparador*, se encuentran confirmadas por todo cuanto la ciencia, en el grado de desarrollo á que ha llegado en nuestros dias, nos enseña como cierto acerca de la constitucion física y de las revoluciones del globo, y acerca de las tradiciones primitivas de la humanidad.

En la segunda parte nos hace penetrar el autor hasta las entrañas del cristianismo. Desenvuelve en seguida las admirables relaciones que ecsisten entre los dogmas, la moral, el culto católico y todas las necesidades de la inteligencia y del corazon del hombre. Estas divinas armonías forman las pruebas intrínsecas de la religion verdadera.

Finalmente en su tercera y última parte espone M. Nicolás las pruebas estrínsecas é históricas de la divina mision de Jesucristo, las profecías que lo anunciaron al mundo y los milagros que lo manifestaron. Ecsamina los efectos sobrenaturales de la predicacion del Evangelio, la revolucion que éste ha obrado, la manera con que ha modificado todas las condiciones de ecsistencia de la humanidad, y la perfeccion intelectual y moral, cuyos fecundos gérmenes deposita incensantemente en el seno de las sociedades, para que las desarrolle la mano poderosa de los siglos. Acaba esta tercera parte trazando el cuadro prodigioso de la conservacion de la Iglesia en medio de las dolorosas pruebas y de las contrariedades de todo género, contra las cuales se hubiera necesariamente estrellado una obra humana.

Véase pues como estos *Estudios sobre el cristianismo* abrazan un plan de defensa el mas completo y á la vez el mas apropiado á los tiempos en que vivimos. La ejecucion corresponde perfectamente á la grandeza del objeto. Este libro, que el autor habia empezado no teniendo á la vista mas que el estado particular de una alma que le era querida, se ha terminado satisfaciendo las necesidades de gran número de talentos. La religion se ostenta en él bajo el verdadero punto de vista que conviene en nuestros dias, refulgente, por decirlo así, con todos los rayos de la luz que las meditaciones de una sana filosofía, y los descubrimientos mas recientes de la ciencia hacen resaltar sobre las bases divinas de la unidad.

Antes de concluir, no queremos dejar pasar en olvido un mérito muy particular de esta obra, que, con preferencia á cuanto acabamos de esponer, presagia el bien que está destinada á producir, y esplica el que ha obrado ya en nuestra diócesis. El libro ha sido escrito en fuerza de un sentimiento y de una inspiracion superiores á todo elogio: una fé

viva y una profunda piedad han dictado esas bellísimas páginas, en las que se ve pintada el alma, mas aún que el privilegiado talento del autor.

Dado en Burdeos, firmado por Nos y por nuestro secretario, y sellado con el escudo de nuestras armas, á los 23 de Mayo de 1845.—Fernando, arzobispo de Burdeos.—Por mandato de mi señor, H de Langalerie, canónigo honorario, secretario general.

DEDICATORIA

A LOS

Señores abogados del colegio de Burdeos.

Señores mios y antiguos colegas.

Cuando emprendí la presente obra tenia aun la honra de pertenecer á vuestro colegio. La primera idea fué hija de un interés de particular amistad; pero el giro que fué tomando me condujo desde luego á dar mas estension á su objeto, y puedo aseguraros que el círculo de vuestra dulce confraternidad fué el primer horizonte que se presentó á mis ojos. Troqué despues el ejercicio de vuestra profesion por el de una magistratura de paz, en cuyo seno he podido dar á mi trabajo la última mano; pero siempre dominado por el espíritu que en su laboriosa composicion me habia alentado, hasta que, á fuer de navegante llegado á buen puerto, voy á cumplir, con dedicaros el fruto de mis tareas, el voto que hice en medio de la tormenta.

Sea cual fuere la estrañeza que pueda causar el ver tratado semejante argumento por la pluma de un jurisconsulto, esta circunstancia lejos de debilitar, presumo yo que avivará el interés que en vosotros escitaria, si se tratase de objeto á vuestra profesion mas análogo; pues no hay entre vosotros uno solo que no tenga aquí su propio lugar y á quien no pueda dirijirse con aprovechamiento: á los unos porque hiere cabalmente en la parte mas viva de su alma, y corresponde á una confraternidad mas indisoluble que la que depende de las relaciones humanas, la confraternidad de la fé; á los otros, porque sondeando esa ancha y secreta llaga de la duda que descubre en ellos en estado de transicion dolorosa, recibirán con algun aprecio una obra en que me he propuesto ofrecerles el consuelo que necesitan, animado como me hallo por un sentimiento de confraternidad mas poderosa todavía que la de la fé, la de la caridad. Y aun cuando mi obra encontrase por acaso entre vosotros algun adversario, no importa: á ese mismo elejiria yo juez de la verdad, porque nadie mejor que él se hallaria en situacion de manifestar todo el poder de aquella, y le sucederia lo que á aquel gobernador de Judea, ante el cual fué San Pablo acusado de enemigo público, y que medio corrido y como espantado de la esposicion de la nueva doctrina, pidió al acusado un plazo para meditar (1).

Además, lo que en otro tiempo hubiera sido escéntrico en la justa distribucion y respeto comun de los principios y de los deberes, se hace ahora oportuno y conveniente en medio de la general confusion y debilidad de todas las instituciones. La fé se hallaba encerrada en los fundamentos del edificio, desde donde derramaba con igualdad sus fuerzas á todas las partes esteriores; hoy empero se halla al descubierto por efecto de la ruina de todo lo demás, y por esto adquiere toda la importancia y la generalidad de un último bien con relacion á lo pasado, y de un cimiento único con relacion á lo presente y á lo futuro. Bajo este concepto puede decirse que la verdad religiosa absorbe ahora todas las ideas especiales, que esta cuestion es la del dia, que tratar de ilustrarla y defenderla es tratar de defender implícitamente todas las demás: cuando la plaza está sitiada todo habitante tiene su hogar en la muralla (2).

Si esta obra no puede hallaros indiferentes por razon de su objeto, creo tambien que por sus formas ha de llamar vuestra atencion. En ella por lo menos me he esforzado en hacer resaltar todas las tradiciones, todos los ejemplos que me ha suministrado vuestra profesion en el arte de discutir y de convencer, aplicando á la probanza de la religion aquel mismo método que tan eficazmente empleais en defensa de los intereses de la tierra.

Mi objeto quedaria completamente llenado si hubiese tenido la dicha de reproducir en mí mismo aquellos grandes modelos de raciocinio y elocuencia que nos legaron nuestros predecesores, y de los que todavía algunos se conservan vivos en nuestro seno; esa claridad de esposicion que desde el principio del discurso brilla como una antorcha alumbrando toda su estension; esa distribucion, ese enlace de pruebas que envolviendo al enemigo no le dejan un punto débil por donde pueda escapar; esa ciencia á la vez copiosa y circunspecta, que alimenta toda la argumentacion, y que despues de alimentarla descubre el repuesto que aun queda de reserva; ese estilo, en fin, apasionado en fuerza de la razon y del celo; ese lenguaje tan ático en sus formas, tan elevado en su inspiracion, que en las grandes causas se santifica hasta cierto punto, y logra imprimir en los pasajeros intereses de este mundo algo parecido á la inmortalidad: ¡prendas eminentes, que trasladadas con frecuencia á mas vasto teatro, se han elevado naturalmente á la altura de los

(1) Disputante autem illo de justitia et castitate et de judicio futuro, tremefactus Félix, respondit: Quod nunc attinet; vade: tempore autem opportuno accersam te. (Act. Apost., cap. XXIV, vers. 25.)

(2) Nuestro combate, en efecto, interesa á nuestros altares, á nuestro hogar, á nuestros templos, á los muros mismos de Roma, á estos muros justamente llamados santos por nuestros pontífices, quienes mejor con la religion que con las fortalezas materiales tienen pertrechada la ciudad. Causa es esta que mientras viviere no podré abandonar sin hacerme criminal.—Est enim mihi tecum pro aris et focis certamen, et pro Deorum templis atque delubris, proque urbis muris, quos vos, Pontifices, sanctos esse dicitis, diligentiusque urbem religione quam ipsis mœnibus cingitis. Quæ deseri á me dum quidem spirare potero, nefas judico. (Cicero, de *natura Deorum* in fine.)

grandes intereses de la patria y de la sociedad, y han engrandecido vuestro colegio hasta tal punto, que para trazar su historia fuera menester escribir la de la nacion francesa, aun en estos últimos cincuenta años; porque inagotable en este periodo, nunca ha dejado de dar á la ciencia jurisconsultos profundos y elocuentes, á la magistratura respetables oráculos, á la corona ministros famosos, á la tribuna y al foro atletas esforzados, y lo mas maravilloso, señores, á todas las nobles creencias mártires generosos!

Permitidme que me acoja á la sombra de tanta nombradía, y que cubriendo bajo ella mi nombre, tome allí mi credencial y mi ejecutoria en este momento solemne para mí, en que voy á lanzarme á la arena de la publicidad. Ayudadme, señores, y dadme ánimo en esta mi primera salida, y pueda yo con vuestro aucsilio y por vuestro medio dirijirme á la juventud de mi patria, y declararle las grandes verdades, que si lastiman, es para sanar.

Recibid, señores y colegas, el tributo de mi inviolable afecto.—*Augusto Nicolás.*

PREFACIO.

Un amigo unido á mí con los mas tiernos vínculos, aflijido por la pérdida de un hijo único, me escribió que esta desgracia le traia meditabundo, que habia vuelto los ojos á la religion, y que jamás habia deseado con tanto ardor hallar la verdadera. Rogóme con este motivo que disipase sus dudas, esponiéndole los fundamentos del espiritualismo de la religion cristiana, peticion que produjo en mí la mas viva ansiedad; pues bien conocia yo cuán imperioso y sagrado era el deseo de un padre aflijido, que reclamaba de mí le volviese á su hijo en la esperanza, y cuánto debia yo á un amigo que, llamando á la puerta de la verdad, me suplicaba que se la abriese. Mas por otra parte temblaba á la vista de lo escabroso y resbaladizo del terreno en que iba á entrar, espantado por el interés mismo de la verdad y por el de mi amigo, del riesgo que los dos corrian en que fuese yo su intérprete. Íntimamente convencido de la verdad religiosa, no me habia curado de reunir las razones de mi creencia, que se hallaban esparcidas en mi espíritu; y aunque ellas eran el secreto pacto de mi alma, y hacian sentir en mi interior toda su fuerza, temia que comunicadas pudieran debilitarse: eran para mí como el árbol de la divina ciencia, cuyo fruto no me atrevia á cojer. A lo mas se me presentaba á manera de un sueño lejano la vaga esperanza de que cuando la edad mas madura me hubiese acercado algo mas á los límites de la eternidad, podria legar á mi familia la reseña de la creencia de toda mi vida, y envolver mis últimos dias en este santo trabajo como en un honroso sudario. Pero ya me hallaba comprometido á esplicarme de repente, á usar de la palabra de Dios, atolondrado como me hallaba todavía por el ruido de las agitaciones del siglo. Sometíme, sin embargo, y en el conocimiento de mi propia flaqueza hallé la confianza de verla aucsiliada por el Sér que la escojia para su órgano. Puse manos á la obra proponiéndome ser sobrio en mis esplicaciones, manteniéndome á la capa, sin abordar mi asunto, por miedo de estrellarme. ¡Vana resolucion! El contenerme dentro de estos límites me hubiera costado mas esfuerzos que los que hube menester para entrar á velas desplegadas: mis reflecsiones se reproducian mútuamente y se dilataban insensiblemente en mi pluma á medida que las iba desenvolviendo: de todas partes me asaltaban los recuerdos de mis antiguas lecturas: y otras lecturas nuevas que el acaso, pero un acaso inteligente, escojia al parecer y me ponia á la vista; conversaciones imprevistas, una palabra, un lance, todo, en fin, concurria al parecer de propósito y se convertia á mi alrededor en materia ó instrumento de mi trabajo, que poco á poco creció hasta la estension que ya presentaba antes de poder apropiarme su plan, como si ya presintiese en mi espíritu, y una mano misteriosa hubiese levantado el velo que lo ocultaba á mis propias miradas.—Tal es la historia de este tratado, que por consejo de algunas personas ilustradas, cuyo juicio es para mí una autoridad, me decido hoy á publicar.—Por necesidad se resentirá de las circunstancias de su orígen, que me atreveré á llamar providencial. Dejo á mis lectores el cuidado de atribuir á esta causa una gran parte de las impresiones que puedan esperimentar, y me bastará hacerla conocer y colocarme bajo su garantía.

Limitándome en este lugar á entrar en ciertas esplicaciones necesarias para la inteligencia de mis intenciones y objeto, diré que si bien nunca perdí de vista el fin particular que habia puesto la pluma en mis manos, la no prevista estension de mi trabajo me ha conducido de paso á ponerme al nivel de la generalidad de las inteligencias y á hablar á muchos en un solo individuo.

Siguiendo esta idea, me he dedicado á formar de nuevo en los espíritus el conocimiento de la religion, cojiendo desde el principio todos los eslabones de la cadena, desde las verdades mas simples, como las del principio espiritual en el hombre, la de Dios, la de la inmortalidad del alma &c., hasta las pruebas y documentos mas esplícitos de la fé católica, procediendo siempre por inducciones filosóficas, y apoyando cada punto en argumentos y testimonios sacados en lo posible de las ciencias y autoridades modernas mas estrañas á la religion, de suerte que la verdad resultante de la perfecta conformidad de todo con aquella pueda herir á los espíritus mas prevenidos.

Muchas son sin duda las apologías de la religion, y su verdadero mérito me hubiera reducido al silencio, si hubiese tenido la necia presuncion de compararme con sus autores. Pero el tiempo ha corrido, han cambiado la disposicion y ecsijencia de los espíritus, el progreso de las ciencias ha dislocado el antiguo punto de vista de la verdad; de lo que resulta que una obra inmortal, capaz en su tiempo de confundir la irreligion, no está ya en armonía con las actuales necesidades, pues defiende los puntos